

El Negro Florida: vida, magia y bullerengue

Deivis Janier Ojeda Iguarán⁹⁵

Docente Institución educativa Agrícola, Carraipia, Maicao, La Guajira



Fotografía tomada por Deivis Ojeda Iguarán
Barbacoas (2014)

Allá viene el Negro Florida... Fue la primera vez que recuerdo haber escuchado hablar de él y también que lo vi. Yo era muy niño y apenas empezaba a tener uso de razón. Él estaba entrando a Barbacoas por la vieja carretera que comunicaba al pueblo con la finca La Florida y luego con Riohacha. Estaba vestido de guayabera blanca, parecía un músico cubano. Su caminar era como el de cualquier monarca africano sacado de la serie Tarzán protagonizada por Ron Ely, que por esos tiempos encantaba a grandes y chicos.

Durante toda la vida lo he visto como un habitante de Barbacoas muy particular. Es curandero. La mayoría de las veces sus pacientes son niños afectados por el mal de ojos u ojo seco, como también se le conoce a esta enfermedad de origen y tratamiento sobrenatural.

95 Licenciado en Lenguas Modernas. Especialista en Ética y Pedagogía. Investigador cultural. E-mail: deivisojeda@hotmail.com

Desde siempre he presenciado en mi pueblo la misma escena por innumerables cantidades de veces: padres y madres cargando a una niña o niño debilucho, pálido, mirada exorbitada y cuyas costillitas se pueden contar a la distancia. Buscando a un tal “Negro Florida”, que les dijeron que vivía en ese lugar y el cual -después de haber visitado varios médicos- era la última esperanza para salvar la vida de su retoño. De esa manera ha llegado gente de diferentes clases sociales, colores, razas, edades, diferentes regiones del país y hasta del extranjero.

El hecho de estar conociéndolo y tratándolo desde que comencé a tener lucidez, me ha permitido verlo como un personaje más de la cotidianidad, el cual es además fanático del boxeo, aficionado a la pesca y amante de la música de Alejo Durán y de Enrique Díaz. Cada vez se me hace más común conocer gente en diferentes partes de La Guajira, que al enterarse que soy de Barbacoas me dicen: *“yo conozco ese pueblo, fui una vez allá a llevar a un niño que tenía mal de ojos, donde un señor al que llaman el Negro Florida”*.

No fue difícil conseguir una entrevista con él. Después de haber acordado nuestro encuentro, llegué un domingo por la mañana a su casa ubicada frente a un billar. Sacó dos sillas plásticas y nos sentamos en el patio de ésta, debajo de un ‘palo’ de mango. En medio de plantas de mejorana, alta misa, albaca y paico, cuyos aromas se mezclan en el ambiente. Todas ellas medicinales. Así comenzó nuestra larga conversación.

Su nombre es Francisco Javier Rodríguez Miranda, nació en 1937, en María La Baja Bolívar, su padre, Andrés Rodríguez, oriundo de Santa Lucía (Bolívar), era agricultor y pescador. Su mamá, Bernarda Miranda Castro, ama de casa, oriunda de Rocha Bolívar, que en ese entonces era un corregimiento de Arjona.

Se crió en un pueblo de Bolívar llamado caño Sala’o, a donde llegó muy pequeño. Tanto en María La Baja como ahí se vivía de la agricultura, la pesca y la quema de carbón vegetal, su papá tenía un terreno en este último, donde cultivaba.

Desde niño en María La Baja conoció al cantautor Enrique Díaz, quien llegó a Barbacoas traído por él y trabajó en la finca la Providencia de propiedad de Sidney Taylor.

De caño Sala’o para acá salió a la edad de 16 años en 1955, llegó primero a Valledupar a la hacienda algodonera el Diamante de propiedad del señor Amador Ovalle y luego a Codazzi a trabajar en una finca con dos primos suyos, Anastasio y Pablo Carreaso Miranda y el papá de ellos.

Llegaron allá persiguiendo la bonanza algodonera, cuya fama había llegado hasta la sabana. Andaban de finca en finca cogiendo algodón, de ahí se separaron, ellos se quedaron allá y el Negro salió para La Guajira en compañía de unos paisanos de María La Baja entre los que se encontraban: Saulo Terán, Artemio Melendres, Catalino Hernández y Jacinto Gámez. La primera finca donde trabajaron fue en una del difunto Bienvenido Barros en El Ebanal. De ahí salieron para Dibulla y luego para Barbacoas.

Llegaron exactamente a una finca llamada Casa Larga de propiedad del profesor Helion Pinedo Ríos, la cual años después se fusionó con la finca Rojas Pinilla (algodonera) de propiedad de carchi Henríquez (esa finca queda junto a otra conocida como La Florida, es de más fácil referencia y por eso a toda esa zona se le conoce como La Florida). Allí trabajó dos años en compañía de los paisanos con los que llegó. Luego comenzó a trabajar con carchi por cuarenta y cinco años en total.

En 1958, fue encomendado por el mismo carchi para viajar a María Angola (Cesar), a buscar obreros para que trabajaran en las fincas Rojas Pinilla y La Providencia, cuyo dueño era Sidney Taylor, cuñado de carchi. Allá no encontró la totalidad de los obreros que buscaba, por lo que tuvo que viajar entonces a Codazzi a completar la cantidad. En esa búsqueda se encontró con un palenquero a quien había conocido en María La Baja y a quien apodaban el 'Dóctor' Reyes, el cual al verlo le preguntó: *¿oye Negro, tú qué haces por aquí?* A lo que él contestó: *ando buscando una cuadrilla de hombres para ir a trabajar a un pueblo de La Guajira que se llama Barbacoas*, entonces contestó: *bueno llévame, por ahí anda Enrique Díaz, yo creo que él también se iría porque todos estamos 'varaos', sin trabajo*. Reyes lo condujo hasta un bar donde estaba Enrique tomando 'trago'. Al entrar, encontró a Díaz en una mesa quien al ver al Negro se puso de pie, le dio un efusivo abrazo y le preguntó: *¿ve Negro, ¿qué haces por aquí?* y el Negro le contó acerca de sus misiones. Trajo un total de 26 macheteros, entre los que vino Enrique.

'Carchi' sólo dejó diez hombres. Sobraron dieciséis, quienes se ubicaron laboralmente en La Providencia, entre ellos estaba Enrique Díaz. Él había aprendido a tocar acordeón mientras trabajó en fincas por el Cesar. Llegó aquí con un acordeón viejo (tornillo de máquina) que alguien le regaló en el Cesar. De ahí en adelante se reunían los sábados y domingos en Barbacoas a parrandear en cualquier lugar, sobre todo en el patio de la casa de Martina Salinas, debajo de un palo de piñón o de uno de toco. En la caja lo acompañaba el 'Dóctor' Reyes, de Palenque y la guacharaca la tocaba Regino Cáceres, también palenquero o cualquiera, ya que para ese entonces era fácil encontrar en Barbacoas gente que la tocara, el mismo Enrique cantaba, sobre todo canciones de su autoría.

Enrique se 'encariñó' mucho con la señora Martina y la frecuentaba, le hacía regalos; por el hecho de tener ésta el mismo nombre de su madre. Ella le lavaba la ropa (él le pagaba por ese trabajo) y le guardaba comida cuando sabía que él estaba en el pueblo. Cuando estaban parrandeando, Díaz solía decirle a César Torrenegra- marido de la señora Martina: *te voy a quitar a Martina y me la voy a llevar porque esa es mi mamá*. Enrique era 'mamador' de gallo; decía a sus compañeros de parranda: *yo soy el músico y no tengo porqué comprar ron, cómprenlo ustedes*. Claro luego reía y terminaba comprando ron también. En Barbacoas duró un año e hizo muchas amistades, luego partió rumbo a Venezuela. Ya antes el Negro, el 'Dóctor', Enrique y otros habían decidido partir rumbo al vecino país. El Negro dijo que se iría después porque debía cosechar un cultivo de maíz que tenía.

Así partió Enrique hacia donde semanalmente viajaban cientos de colombianos –hombres y mujeres– de manera ilegal por trochas, para buscar trabajo en las grandes materas (haciendas) o en las ciudades, bien fuera como macheteros, servicio doméstico u otro tipo de oficio; motivados por la riqueza que ostentaba el vecino país en aquel entonces y el buen precio del bolívar. Venezuela estaba llena de colombianos, sobre todo en las materas y pueblos aledaños.

En busca de mayores ingresos monetarios que le permitiera acercarse más a su sueño de ser un músico consagrado y reconocido, partió Enrique. Un año más tarde lo hizo el Negro Florida y duró seis años allá.

Se encontraron en Machique; como el Negro ya sabía que Enrique estaba en Perijá, entre Machique y San José, le preguntaba a todo el que podía, hasta que de nuevo se tropezó con el ‘Dóctor’ Reyes, quien le dijo que él frecuentaba una zona de bares llamada Cordilleras; allí tocaba con su agrupación; Reyes hacía parte de ella. Ya para ese entonces Díaz había evolucionado mucho a nivel musical. Aún en la caja lo acompañaba el ‘Dóctor’ Reyes y en la guacharaca Regino Cáceres. El reencuentro fue muy emotivo. Cuando el Negro entró al bar, Enrique estaba en una mesa acompañado, él vio primero a Díaz y lo saludó. Éste se puso de pie, lo abrazó y le preguntó: *¿Cuándo llegaste, donde andabas?, Yo trabajo en una matera llamada Canadá.* Se pusieron a parrandear enseguida.

Inmediatamente reiniciaron sus largas jornadas de parrandas. Enrique cultivó muchas amistades en esa región, sobre todo en los bares, allí solía tocar los fines de semana. Los propietarios de los negocios donde tocaba lo querían mucho, hasta el punto en que fueron ellos quienes le regalaron el primer acordeón de tres teclados, eso lo emocionó bastante. Allá permaneció el Negro seis años, Enrique se vino antes. Un día cualquiera, ya dominando bien su nuevo acordeón, decidió regresar a Colombia y cambiar de vida. Dijo a sus viejos amigos: *regreso a Colombia, más nunca vuelvo a tirar machete.*

Tiempo después el Negro presenció en Venezuela la llegada del primer trabajo discográfico de Enrique Díaz, su amigo de infancia. El júbilo fue colectivo, propietarios de los burdeles, amigos, conocidos y hasta desconocidos festejaban la primera grabación de Díaz que desde ya imponía éxitos como Las Trochas de Venezuela y La Caja Negra.

Más nunca lo vio en persona. Cuando volvió a saber de él fue a raíz de su éxito como músico profesional. Ahora lo acompañaban otros músicos, los palenqueros se quedaron en Venezuela cuando Díaz regresó. El Negro siempre compró su música.

Seis años después de su partida, el Negro volvió a Barbacoas, a Rojas Pinilla, donde Carchi Henríquez y tuvo sus tres hijas. Ya antes había tenido un niño en la población de Calle Larga, cerca de San José, estado del Zulia, Venezuela al que dejó con su madre cuando tenía un año, ella, llamada Carmen; él de ese hijo nunca más volvió a saber. De regreso constituyó un hogar con Arcadia María Moscote Sierra conocida como ‘Mama’, oriunda de Barbacoas,

hija de Aquilino Moscote de Arroyoarena y de Gregoria ‘Goya’ Sierra de Barbacoas. Con ‘Mama’ tuvo tres hijas y crió siete que ella tenía y que aún estaban pequeños. Se fueron a vivir todos a Rojas Pinilla, en ese entonces, el Negro era el administrador de la finca.

El apodo de “El Negro Florida” se lo pusieron desde que llegó, debido a que la cuadrilla en la que él vino por primera vez, estaba conformada por negros, para diferenciarlos les pusieron apodos. A uno le pusieron Guayacán, a otro ‘Cartagena’ y así a cada uno. A él, fueron Tomás Alberto Rodríguez y otros amigos de Barbacoas, quienes lo apodaron así, a raíz de que el primer lugar donde vivió al llegar a ese pueblo, fue la finca Casa Larga (ubicada en la zona de La Florida).

Cuando llegó a Barbacoas a mediados de los años 50, vivía de la agricultura. Las fincas más grandes eran: La Providencia, de Sidney Taylor; La Florida, de Ismael Henríquez; Rojas Pinilla, de ‘Carchi’ Henríquez y Casa Larga, de Helion Pinedo. Todos ellos ríohacheros, compraron esas tierras a sus antiguos dueños, oriundos de la población, como Gabriel Amaya y otros. Sidney Taylor en cambio, aunque casado con una señora de la familia Henríquez de Riohacha, era natural de la isla de Providencia, de ahí a que a su finca le pusiera el nombre de “La Providencia”.

El Bullerengue

Casi toda su familia tenía que ver con el bullerengue (papá, mamá, tías, hermanos). En Caño Sala’o él cantaba y bailaba en los bullerengues, que se componía de un tambor, el llamador y las palmas, en una ronda con mechones (antorchas). En la ronda había sólo una pareja al tiempo, luego entraba alguien y pedía barato (pareja prestada) o entraba la pareja completa a reemplazar a los que bailaban. Los músicos se hacían a un lado dentro de la ronda y el cantante podía desplazarse bailando al interior del círculo, sus versos hablan de sus costumbres, anécdotas, repentismo y todo aquello que hacía parte de su realidad. Los cantadores eran tanto hombres como mujeres.

Cuando llegó a Barbacoas, organizó para los carnavales una danza, la cual bautizaron como *La danza del Negro* en compañía de sus paisanos: Armando Escobar, Fidelio Torres, José Manuel Martelo, el ‘Manco’, Catalino Hernández, entre otros. Todos bolivarenses, de aquí se sumaron dos mujeres, una de ellas era meme Vega. En total eran veintidós integrantes.

El grupo desfilaba por toda la calle tiznado de negro, los hombres descamisados bailando, cantando música de carnaval: versos improvisados de su autoría, referentes a los vecinos, amigos o cualquier otra cosa. Con una tonada específica. La multitud del pueblo los acompañaba. Había varias melodías, unas más calmadas y otros más alegres. La agrupación se componía de los instrumentos propios del bullerengue: tambor, llamador y unas tabletas que se usaban en las palmas de las manos para aumentar la sonoridad al tocarlas, a manera de clave. Estas palmas debían llevar un compás.

Ellos ensayaban la danza, los sábados y domingos, con un mes antes de los carnavales y lo hacían desde el sábado de carnaval, todos los días de esa semana, dándole la vuelta al pueblo. Había días en que salían a otros pueblos como Matitas, Cotoprix, Galán y otros. Sólo lo hicieron dos años, con el apoyo de Reyita Campo, ella organizaba los carnavales de Barbacoas.

Recuerdo un verso que les sacaron a las señoras Blanca Arévalo y Gregoria Sierra, eran vecinas, que decía:

*Hombe goya con Morales
peleaba la mazamorra
hombe goya con Morales
la Blanca come gallina
cuando la mata la zorra*

No eran versos ofensivos, nadie se molestaba ni la señora blanca, ni goya, ni su esposo Morales, quien había llegado años atrás a Barbacoas como policía en compañía de un cabo llamado Rodrigo.

LA MAGIA

“El sueño, es un caminito oculto, por donde regresan nuestros muertos”...

VIDA-CAMINOS

(El Cimarrón)

Aprendió a curar el “mal de ojos” desde la edad de diez años; ese conocimiento lo recibió a manera de revelación en un sueño. Había en Caño Sala’o, un señor de Simití –Bolívar– llamado Gregorio Amaranto, él no era familiar del Negro. Tenía una hermana que se casó con un hombre de Caño Sala’o y por eso se fue a vivir allá. El Negro estaba pequeñito, Gregorio se encariñó con él y lo llevaba a todas partes, lo llamaba ‘francisquito’.

Gregorio se dedicaba a la agricultura y a la pesca, era además cantador de bullerengue. Buen bailador. Ese hombre sabía tanto que cuando estaba cantando y bailando en la ronda del bullerengue, el tamborero que estaba con su tambor entre las piernas y apoyado en el suelo (porque era más largo que una caja de tocar vallenato), no se daba cuenta cuando de repente Gregorio Amaranto sin interrumpir en lo más mínimo el toque del tambor, se subía y empezaba a cantar y bailar parado sobre el instrumento, sin que el tamborero alterara el ritmo de su ejecución. Además, era un curandero oficial, completo. Atendía pacientes de toda la región. Curaba mordeduras de todo tipo de culebras, mal de ojos, acomodaba huesos entre otros.

Cuando Amaranto murió, ya llevaba mucho tiempo grave, el niño (el Negro) lo visitaba en su casa todas las mañanitas para darse cuenta de él. Un día luego de hacerlo, se fue a la roza, casi un kilómetro. El Negro lo dejó vivo en su casa y estaba en el cultivo sacando yuca, Gregorio llegó y le dijo *¿Estás sacando yuca?* Francisco lo vio palpablemente, incluso

le ayudó a cargar el burro. Luego el Negro, mirando hacia otro lado le preguntó *¿oiga usted hace poquito estaba acosta'o y ya está por aquí?*; no escuchó la respuesta a su pregunta y cuando volvió a mirar para donde Amaranto... ya no estaba... desapareció, quedó extrañado y partió de regreso. Cuando ya iba llegando al pueblo escuchó un requiebro y dijo para sus adentros: *Anda... ya se murió el viejo Amaranto, por eso fue que me salió.*

Al año de eso fue que le hizo la primera revelación en un sueño. En ese sueño lo vio muy real y le dijo: *Te voy a enseñar este rezo pa' curá el mal de ojos y más adelante te enseñaré otros a medida que vayas creciendo.* Cuando despertó del sueño, ya el rezo estaba aprehendido en su memoria como de toda la vida. Con el pasar de los años le fue haciendo otras revelaciones, enseñándole a curar otros males. La última revelación que le hizo –en un sueño– fue para enseñarle a proteger los negocios e inmunizarlos contra la brujería que causa ruina.

En total le enseñó ocho rezos, **contra:**

El mal de ojos: llamado también ojo seco o visión. Produce diarreas, vómitos, fiebres, palidez, desnutrición y otros síntomas, causando finalmente la muerte.

El mal de cariño: le da a niños por exceso de afecto por parte de sus familiares, produce leve pérdida del apetito y fiebres bajas, no es mortal.

La presencia de las culebras: para retirarlas de las casas y potreros.

El gusano de tierra: ese que se come los cultivos, para sacarlos de los potreros.

El gusano de sangre: ese que se come a los animales vivos cuando las moscas ponen sus huevos en las heridas, ese mismo rezo se usa para quitar los dolores de muelas.

Para preparar aseguranzas para los niños: los hace invulnerables a cualquier tipo de mal para toda la vida, se aplica a partir de la edad de un año; para combatir las lombrices intestinales.

Para asegurar a adultos: contra diversos tipos de males.

Para asegurar negocios y hacerlos inmune: a cualquier maleficio ruinoso.

Además de estos, también aprendió en Codazzi, Cesar un rezo para aliviar golpes musculares y acomodar cuerdas (tendones) montadas, ese se lo enseñó en señor cuyo nombre no recuerda.

Cuando le llevan un niño lo examina poniéndole su mano derecha en la mollera (fontanela), dependiendo de las palpaciones que perciba puede saber si se trata de mal de ojos, mal de cariño, lombrices, cualquier otro mal, o simplemente no tiene nada. Para reconocer o aplicar un rezo sobre las personas impone la mano derecha. Puede llevar hasta tres sesiones, que se hacen día por medio, dependiendo la gravedad del paciente.

Mientras que para preparar las aseguranzas (cuentas, amuletos), usa la mano izquierda. A veces llegan niños en estados muy delicados, que tal vez no aguanten el rezo y por eso sólo les aplica medio. Él advierte a los padres de esos niños, que si los reza es sin compromiso y

bajo la responsabilidad de ellos y que si sobreviven después de haberlos conjurado hasta las tres de la tarde- porque los rezos son casi siempre de mañana- ya no se mueren. Hasta ahora de centenares de niños que ha tratado, han muerto cuatro, por haber llegado agonizando.

El ojo seco lo produce la mirada de una persona que tenga el “golpe de vista” malo; casi siempre sin querer, porque la mayoría no sabe que tienen esa energía perjudicial. Algunos saben que la tienen y por eso inmunizan a los niños contra su mirada para siempre, dándoles una nalgada, esto lo hacen las personas de buen corazón. Hay gente malvada, que sabiendo lo que pueden causar con su vista mala, miran a algunos niños a propósito para hacerles mal de ojos. El ojo seco se previene utilizando un amuleto al que se le aplica el mismo conjuro que se usa para combatirlo.

El primer caso de mal de ojos que atendió en La Guajira (en Barbacoas), fue el de Yenis Amaya la hija de Guillermo ‘Arares’ Amaya y Rosa Benjumea: era un fin de semana y el Negro estaba amanecido, parrandeando con amigos y la botella de trago se les acabó, entonces fueron donde Rosa, porque ella vendía ron. Cuando llegaron vio a la ‘pelaita’, estaba prácticamente en los huesos, de ahí el apodo con el cual se le conocía “la hueso”. Estaba sin apetito y presentaba diarrea y vómito. Ya la habían llevado donde Leopoldo Delúquez en Galán, le había recetado medicamentos de laboratorios, de farmacia que no le hicieron efecto.

El Negro se quedó mirando a la niña que estaba en el suelo y le dijo a Juan Oñate –su compañero de parranda-: *Juan, esa muchachita está enferma.* Juan ignorando sus conocimientos le respondió: *qué va, ya vas tú con la vaina, deja la locura.* Le contestó: *yo la rezo.* Y él incrédulo lo retó: *rézala pues... rézala.* Como Juan ya tenía confianza con la mamá de la niña la llamó: *Rosa.* Ella se acercó y él le dijo: *Francisco dice que esa ‘pelá’ tiene ojo seco. Él dice que sabe y que tiene un rezo que la cura y que la quiere ‘rezá’.* La señora llamó a Arares -el marido- y le comentó lo que estaba sucediendo, el señor en medio del desespero aceptó de inmediato. Enseguida le aplicó el rezo y les dijo: *cojan unas hojas de mata ratón, cuatro cogollitos de limón y unas hojas de guanábanas, cocínenlas y la bañan con eso.*

Al día siguiente volvió a esa casa muy temprano, Rosa le dio café, el Negro le preguntó por la niña, ella le contestó: *vea, después que ustedes se fueron esa ‘pelá’ se pegó una hartura, no vomitó ni ha tenido diarrea.* Entonces él le dijo: *se la voy a preparar pa’ que más nunca le echen mal de ojo.* No le cobró ni un peso, a partir de ese caso se dio a conocer como curador de mal de ojos y empezó a buscarlo gente de Barbacoas y luego de las poblaciones vecinas como: Galán, Cotoprix, Monguí, Arroyoarena y demás pueblos vecinos.

Más adelante empezaron a llegar pacientes de Riohacha y como los resultados eran positivos, su fama fue creciendo, porque los padres satisfechos empezaban a recomendarlo con otra gente. Hasta el punto que también llegaban, de Bogotá, Medellín, Cartagena, Valledupar, San Andrés y hasta de Venezuela.

En Medellín lo recomendó “el Paisa”, el dueño del Almacén el Paisa en Riohacha, de allá van muchos pacientes. Él los llama y les dice: *Negrito tal día te llevan un paciente de Medellín, espéralo*. A veces lo mandan a llamar de Riohacha para atender a domicilio. Su amistad con “el Paisa” comenzó hace como quince años cuando le curó a una hija. Desde entonces le regala dos vestiduras cada año y cuando demora tiempo sin visitarlos, el Paisa y su señora le reclaman. Otras personas de Medellín agradecidas también, le han mandado regalos con él.

Además de ellos ha hecho muchas otras amistades como con la familia Rois, el difunto Leodégar Rois lo apreciaba mucho y así mismo sus hijos. Dice el Negro: *Cuando yo voy a su casa me atienden como a un rico de allá*.

En Riohacha vivía un sanandresano capitán de barco, que una vez llevó una niña de él y a partir de ahí se hicieron amigos y cuando iba a San Andrés daba testimonio acerca del Negro. En uno de esos viajes, el Capitán encontró que un amigo y paisano suyo, profesor de natación tenía una niña con síntomas de ojo seco y lo recomendó ante él. El profesor trajo a la niña y la curó. Desde entonces son amigos y cada vez que puede le gira plata y le avisa vía telefónica.

Duró muchos años haciendo ese trabajo sin cobrar nada. Sólo recibía lo que la gente le quería dar a voluntad. Pero las amistades de Riohacha, las cuales consiguió por haberles curado hijos, empezaron a decirme que debía cobrar por lo que hacía. Porque si los médicos lo hacían, por qué no iba a hacerlo él que curaba lo que ellos no podían. Por eso es que ahora cobra.

Algunas veces personas de otras partes lo buscan pretendiendo que él use su conocimiento para hacerles mal a otros; les dice que su conocimiento no es para eso y se han regresado con las manos vacías. Termina diciéndoles *“yo no nací para hacer el mal, sino para combatirlo”*.

En toda su vida, ha visto varios espantos, como ha estado, preparado nunca les ha temido ni lo han asustado. Sólo en una ocasión ha sido atacado por un espíritu malo y fue una noche en que andaba por el río de Barbacoas choneando (pescando con antorcha o mechón) sin compañero. Cuando ya terminaba su exitosa jornada, junto a un árbol grande de ceiba, se le apagó la suela de guaireña que llevaba encendida. Sin estar brisando, de inmediato sintió que algo pujó en el tronco de ese árbol. Pensó que era una babilla. Caminó unos pasos y se detuvo. Luego sintió que el pujo salió del suelo debajo de sus pies al punto que lo estremeció y le erizó la piel. Él prendía con afán la suela y se volvía a apagar y no brisaba, luego los fósforos no encendían.

De repente vio la figura como de un hombre cerca de él; pensó que era de un conocido y cuando empezó a preguntarle lo que estaba buscando a esas horas, se fue alejando hacia el monte sin darme la espalda. Entonces sintió como si le hubieran dado un machetazo con un palo en el mote y le dijo: *carajo tú tienes ánimo de meterte en ese monte a esta hora sin saber si te pica una bocadorá*. Enseguida volvió a sentir que algo pujó bajo sus pies. Ahí se convenció de que estaba pasando algo que no era de este mundo.

Esa tarde cuando salió de la casa se le olvidó prepararse. Comenzó a persignarse. Ya era muy tarde. Sintió la cabeza demasiado grande, intentó correr y se cayó, se levantó y corrió unos metros y volvió a caer. Cuando levantó la cabeza, el hombre estaba parado a un costado de él. Como pudo se puso de pie y llegó a Rojas Pinilla, donde vivía. Allá llegó mudo, sus compañeros le echaron bastante agua, al rato pudo hablar y les contó.

Entonces lo acompañaron a buscar el saco con los pescados, estaba todo completo. Después escuchó que ese espanto solía salir en ese lugar y que también atacó a Daniel Peralta y esto que él también estaba preparado. Los espantos o '*aparatos*' como los llamaban eran muy comunes antes, asustaban a la gente en varias partes. Nunca más lo ha atacado algo sobrenatural. Ha vuelto a pescar solo y siempre sale preparado.

Enrique Díaz dijo una vez en una entrevista con Ernersto McAusland, para Telecaribe –no sé si en forma jocosa o desagradecida– que no se dedicaba a la agricultura porque en el campo se pasaba mucha hambre. Tal vez no se hubiera atrevido a decirlo delante del Negro.

De pronto ningún adolescente habitante nativo de mi pueblo sabe lo que es un bullerengue. Quizás cree que es una bulla grande o un merengue con bulla o algo así. Ese género musical, de herencia africana que le ha dado tanta gloria a Colombia tiene un auténtico exponente en Barbacoas. Mimetizado entre la jungla cultural que la globalización ha hecho germinar.

El Negro nunca ha vuelto a su tierra y a excepción de su padre de cuya muerte supo por medio de un tío, recién llegado de Venezuela, no sabe qué sucedió con sus familiares en Caño Sala'o y María La Baja. Gregorio Amaranto hace rato no lo visita en el mundo onírico. Está convencido que morirá en Barbacoas, rodeado de sus hijas, sus tantos nietos, vecinos, compadres y amigos que no cesa de cultivar. Ya no es un foráneo. Ni siquiera un barbacoero cualquiera, más que eso es un libro viviente de consulta obligada cuando se trata de conocer la historia de los últimos sesenta años de esta comunidad.

Mientras Francisco Rodríguez viva, seguirán llegando casi a diario a Barbacoas, gente de toda índole preguntando por un tal "NEGRO FLORIDA".